



# HISTORIA CRITICA

17

Revista del Departamento de Historia de la Facultad  
de Ciencias Sociales de la Universidad de los Andes



Julio-Diciembre  
de 1998

Colombia  
\$6.500  
Exterior  
US\$8

# la historia del tiempo presente: una historia en construcción

Hugo Fazio Vengoa\*

Parafraseando a Pierre Vilar, quien, en la conocida compilación *Hacer la historia*, escribió un artículo que intitulaba "Historia marxista: una historia en construcción", se puede argumentar que la historia del tiempo presente, al igual que toda operación histórica, es una historia en proceso de formación. La publicación reciente de algunas obras dedicadas a la manera como la historia analiza el presente es una clara demostración de que esta perspectiva de análisis está dando recién sus primeros pasos.

Se puede sostener esquemáticamente que la valoración de la historia del tiempo presente oscila entre dos extremos: algunos historiadores, como Serge Bernstein y Pierre Milza, no obstante el hecho de reconocerle ciertas peculiaridades, consideran que en cuanto a sus objetivos, métodos y fuentes, la historia del tiempo presente casi no difiere de la historia del siglo XIX<sup>1</sup>. Otros, como, Pierre Sauvage, en su artículo "Una historia del tiempo presente", sostiene que "no es solamente un campo nuevo de investigación que se añade a los otros períodos ya existentes debido al irremediable avance del tiempo, sino que es un nuevo enfoque del pasado que sirve al conjunto de historiadores".

Ambas evaluaciones tienen en común el hecho de pensar la historia del tiempo presente dentro de los marcos en que se ha desenvuelto la disciplina y, por esa razón, se introducen en un laberinto de explicaciones que, no obstante aclarar

---

\* Profesor del Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de Colombia y del Departamento de Historia de la Universidad de los Andes.

ciertos rasgos específicos de este nuevo campo de la historia, no logran precisar las particularidades gnoseológicas de este tipo de saber. Incluso, en la segunda corriente explicativa, se concluye que la historia del tiempo presente representa una preocupación histórica nueva, que, por sus problemas y temáticas, induce a repensar la escritura histórica, inclusive la que está dedicada a períodos anteriores, pero no se explica el proceder que la particulariza, a no ser el enunciar la posibilidad de trabajar sobre temas nuevos, como, por ejemplo, la memoria.

A nuestro modo de ver, la manera como se organizaron estos debates, y las importantes reflexiones que de ello se desprendieron, fue un buen preámbulo para el surgimiento de esta historia y constituyó una etapa necesaria en su proceso de aparición. Pero el objetivo ahora tiene que ser otro: si se le quiere consolidar como campo específico del saber es menester trascender los márgenes en que se ha movido la discusión y avanzar por nuevos derroteros.

En tal sentido, una discusión sobre historia del tiempo presente no puede circunscribirse a precisar qué tan nueva o diferente es esta historia con respecto a los estudios dedicados a períodos anteriores, no puede limitarse a valorar la comparación con formas más tradicionales en el oficio de los historiadores y tampoco puede conformarse con señalar cuales son sus aportes para los demás historiadores, pues, de ser así, seguramente esta empresa se quedará a medio camino. Una historia del tiempo presente debe construir una *démarche* que la singularice como una forma específica y particular de abordar nuestro complejo presente.

A continuación, quiero centrar la atención en dos aspectos que, a mi modo de ver, pueden ser importantes para avanzar en el debate: de una parte, considero que es necesario volver a señalar las condiciones que han hecho posible el surgimiento de esta historia y, de la otra, plantear un marco de análisis para la interpretación de la historia del tiempo presente.

### **¿la historia del tiempo presente es una nueva moda?**

En el surgimiento de la historia del tiempo presente han intervenido dos tipos de factores: de una parte, una exigencia historiográfica y, de la otra, una necesidad social.

La historiografía del siglo XX, en su afán por tomar distancia de las maneras más tradicionales de hacer y escribir la historia, que centraban la atención en los acontecimientos de naturaleza política, diplomática o militar, se propuso afirmar nue-

vas direcciones en el estudio de la disciplina (economía, sociedad, cultura, mentalidades, etc.), lo que la condujo a una operación histórica que le restaba importancia al acontecimiento mientras le asignaba un alto valor a los procesos, las estructuras y a las relaciones entre las diferentes instancias de la sociedad en una perspectiva global. Con ello, la historia política quedó asociada al acontecimiento y a las formas tradicionales de escritura de la historia, razón por la cual quedó relegada a un segundo plano en los intereses e intenciones de los historiadores.

Últimamente esta situación ha comenzado a cambiar. Varios factores han contribuido a ello. En primer lugar, la aparición de una remozada historia política desvinculó la política del acontecimiento y de las formas tradicionales de escritura. El interés de muchos historiadores se desplazó hacia temas tales como las elecciones, los partidos, la opinión pública, los medios y la política, lo que los llevó a establecer un fecundo diálogo con la ciencia política, la antropología y la sociología, todo lo cual redundó en que la historia política interiorizó los "avances" que la historiografía contemporánea había cosechado en otros campos. Rene Rémond, al respecto, escribió: "la historia política también puede incluir el estudio de estructuras. Puede ser una historia de larga duración y siempre he participado de la idea de que quizás es uno de los fenómenos más perennes, debido al peso del pasado en la memoria, consciente o inconscientemente: los fenómenos de la cultura política sólo se comprenden en una perspectiva de larga duración"<sup>2</sup>.

En segundo lugar, el amplio desarrollo que han registrado los medios de comunicación, la importante masa documental que existe sobre situaciones referidas a nuestro presente, crearon las condiciones para que los historiadores pudieran superar el "trauma" de los archivos y comenzaran a trabajar sobre temas contemporáneos. En esta nueva actitud tuvo una gran importancia el relativismo subjetivo por el cual se ha inclinado la historiografía contemporánea, es decir, se supera el ideal de la historiografía tradicional de que los documentos debían hablar por sí solos para "dar cuenta de lo que realmente pasó".

Es evidente que, desde varios ángulos, algunos historiadores se han sentido inclinados a trabajar problemas más inmediatos. Pero no se puede circunscribir la historia de nuestra más reciente contemporaneidad como un mero resultado del afán de ciertos historiadores por ampliar el diapason temporal de los estudios históricos, convirtiendo a nuestro presente en un campo más del mismo.

Además de estos cambios que se produjeron en el ámbito de la historiografía, otro tipo de factores llevó a los historiadores a interesarse en los temas contemporá-

neos: entre estos se destaca la necesidad de tener que responder a un conjunto de expectativas sociales. En este sentido se puede argumentar que la historia del tiempo presente es también la resultante de profundas transformaciones que están alterando los patrones sobre los cuales se cimienta la sociedad actual. En este plano se pueden distinguir dos tipos de transformaciones. De una parte, las sociedades modernas son colectividades industrializadas, urbanas, ilustradas y letradas que exigen de los científicos sociales y también de los historiadores respuestas rápidas a sus múltiples preocupaciones que no se asocian con el pasado, sino con el presente más inmediato.

Pero más importante aún es otro elemento, que nos explica por qué esta preocupación por el presente se hace más fuerte en los años noventa. Con la caída del muro de Berlín y la consolidación de los procesos de globalización estamos ingresando en un nuevo período que Zaki Laïdi denomina "el Tiempo Mundial"<sup>3</sup>. El interés por el presente debe ser una perspectiva de análisis que involucre a la historia como proceso y conocimiento, que nos permita volver a ubicar a nuestro presente en el trinomio pasado, presente y futuro, dado que las tendencias actuales en los noventa sugieren que estaríamos asistiendo a un tiempo mundial, el cual "mina la idea de proyecto nacional histórico". Las naciones cada vez se encuentran en peores condiciones para justificar su existencia en relación con un pasado o un futuro. "El tiempo mundial es ante todo una fenomenología del presente. Su fuerza y su sentido residen en su capacidad de «emitir señales», es decir, vincular fenómenos entre sí y hacerlos entrar en resonancia". Ofrece a las sociedades con historias singulares un presente común. En tanto que momento histórico, el tiempo mundial busca naturalmente desvincularse del pasado, realizar una ruptura con él a través del discurso de adaptación a la globalización. "Pero la singularidad del tiempo presente es que esta ruptura con el pasado no trae consigo ninguna idea de futuro. La fortaleza de la urgencia en nuestra sociedad refleja esta sobrecarga del presente ante el cual expresamos nuestras expectativas y que nos conduce a exigir del presente lo que antes se esperaba del futuro". Por todo el mundo, las sociedades políticas parecen estar confrontadas a los mismos problemas, a los mismos desafíos, incluso en la manera de enunciarlos. "Se habla hoy de la crisis del Estado, de la privatización del sector público, de la transparencia de la administración, de la valorización del capital humano, sin hacer mención a temas más políticos como el tránsito al mercado o a la democracia. De aquí se desprende el sentimiento de vivir una temporalidad única"<sup>4</sup>

Este sentimiento de vivir la urgencia o la inmersión en el tiempo presente se explica porque hasta hace no mucho nos enfrentábamos a un mundo que se estructuraba

en torno al tiempo de la política, lo que implicaba constantes referencias al pasado para el manejo del presente y mantenía el objetivo de proyección hacia el futuro<sup>5</sup>. Con los cambios económicos, tecnológicos y comunicacionales de las últimas décadas se ha comenzado a producir una gran transformación cultural que ha desplazado el tiempo de la política como vector estructurante por el tiempo de la economía y, sobre todo, del mercado, el cual a partir de la velocidad del consumo, de la producción y los beneficios desvincula el presente del pasado, transforma todo en presente e involucra los anhelos futuros en la inmediatez.

En tal sentido, la historia del tiempo presente no se puede considerar una nueva moda de la que se harían partícipes algunos historiadores, sino que es el producto de una necesidad social y de la necesaria evolución de la disciplina para adaptarse a las circunstancias de nuestro entorno. En este sentido, la historia del tiempo presente, al tiempo que es una perspectiva de análisis de lo inmediato, también debe considerarse como un período.

La historia del tiempo presente se explica y justifica por las aceleradas transformaciones que nos vuelcan sobre la instantaneidad, nos desvinculan los fenómenos actuales de su pasado y, por lo tanto, nos impiden ver la profundidad de los mismos. Es decir, la historia del tiempo presente no sólo es una inquietud de los historiadores, sino una necesidad social que nos debe permitir entender las fuerzas profundas que están definiendo nuestro abigarrado presente.

Hemos querido compartir estas breves reflexiones sobre las necesidades de que la historia se interese por el presente porque aquí encontramos una primera clave que nos permite establecer una diferencia entre la historia del tiempo presente y la historia contemporánea. Algunos autores sostienen que la dimensión del presente, sus fronteras cronológicas abarcan más o menos los últimos cincuenta años<sup>6</sup> o que la matriz del tiempo presente está constituida por la Segunda Guerra Mundial<sup>7</sup>. Si esto fuese así, entonces podríamos preguntarnos ¿Qué diferencia a la historia del tiempo presente de la historia contemporánea? Mientras la segunda puede abarcar los últimos cincuenta años y numerosos historiadores han considerado imposible abordarla por la carencia de archivos y por la escasa distancia que "priva de objetividad y serenidad en el juicio", el surgimiento de la historia del tiempo presente es el resultado de la confluencia de dos tipos de factores: de una parte, la universalización de los procesos de globalización y la erosión de los referentes de la época de la guerra fría y, de la otra, un sentimiento de vivir en un mundo caracterizado por la urgencia. En este sentido, la historia del tiempo presente es el estudio histórico de nuestra inmediatez, es decir, de la década de los años noventa, decenio en

el cual ha alcanzado su máxima expresión la desvinculación entre presente y pasado y cuando todo el planeta parece ingresar a este tiempo mundial, del que sugestivamente nos habla Zaki Laidi.

### **marco de aproximación a una historia del tiempo presente**

Esta realidad que contextualiza el surgimiento de la historia del tiempo presente nos sugiere igualmente un indicio importante para crear un marco de análisis de esta historia, a saber: el tiempo mundial, entendido como la convergencia de las tendencias globalizadoras con la pérdida de los referentes del mundo de la guerra fría fue el resultado de un "acontecimiento monstruo"<sup>8</sup>: la caída del muro de Berlín.

En la importancia que adquiere este acontecimiento interviene un conjunto de situaciones: de una parte, como acertadamente señalaba Pierre Nora en un interesante artículo "para que haya un acontecimiento se necesita que éste sea conocido"<sup>9</sup>. La sociedad moderna se distingue de la tradicional precisamente por el hecho de que con la urbanización, la masificación de la educación y el amplio desarrollo de los medios de comunicación hace que el acontecimiento sea conocido por un número muy amplio de personas. "Esta vasta democratización de la historia, que le otorga su especificidad al presente, posee su lógica y sus leyes: una de ellas —la única que yo quisiera destacar— es que la actualidad, esta circulación generalizada de la percepción histórica, culmina en un fenómeno nuevo: el acontecimiento".

De otra parte, la caída del muro de Berlín, como acontecimiento que separa el antes del después, encierra una simbología de los profundos cambios que se han operado en el mundo que hace estallar una nueva realidad mundial que no sólo pone fin a una etapa de la modernidad y cierra una página de la historia universal sino que refracta en nuestro presente un conjunto de tendencias o procesos de larga data, que, en sus aspectos más generales, definen la dinámica del mundo actual. El año 1989 es una fecha clave porque la acumulación de hechos y situaciones precipitan el tiempo y definen el tiempo presente<sup>10</sup>.

De ello podemos inferir una primera conclusión: la historia del tiempo presente es, ante todo, el estudio de un acontecimiento ocurrido en nuestra inmediatez. Conviene hacer la salvedad de que este retorno con fuerza del acontecimiento no debe entenderse simplemente como un nuevo impulso de la historia política, por cuanto el acontecimiento, así como es político, también puede ser social, económico o

cultural. Un acontecimiento también lo observamos en la devaluación del bath tailandés en julio de 1997 que desencadenó la crisis del sudeste asiático o en la muerte de lady Di, que se convirtió en un acontecimiento cotidiano mundial. Un acontecimiento no sólo es el producto de determinados condicionantes históricos, que lo modelan y definen, sino que también es productor de sentido y de estructuras.

Reivindicar la importancia del acontecimiento no significa reducir la historia del tiempo presente a la historia inmediata<sup>11</sup>. Mientras esta última se ciñe al acontecimiento y reconstruye, con un arte posiblemente elogioso, el intrínquilis de ese magno hecho, la primera percibe el acontecimiento como un momento culminante que separa el antes del después, pero lo hace inteligible sólo a través de una percepción del acontecimiento en la espesura y en las profundidades de la historia. En este sentido, el acontecimiento debe inscribirse en una determinada duración. La historia del tiempo presente es una historia de la duración.

Para entender este último punto, son de gran utilidad las interesantes reflexiones de Robert Cox<sup>12</sup>, quien nos recuerda que en 1889, el filósofo francés Henri Bergson publicó sus "Ensayos sobre los elementos inmediatos de la consciencia", trabajo en el cual rompe con la visión cartesiana del tiempo en la medida en que el tiempo es interpretado de dos maneras: el tiempo del reloj, uniforme, homogéneo, el medio para medir desde afuera cualquier cosa. Este era el tiempo reducido al espacio. La secuencia de los eventos se desarrolla en un medio homogéneo. El otro sentido de tiempo se define como duración (*durée*), que, cuando lo utilizamos para significar el período transcurrido entre el comienzo y el fin de una serie de acontecimientos, alude a una visión espacial del tiempo. *Duración* significa el tiempo vivido, el tiempo experimentado, el sentimiento subjetivo de actuar y elegir y de los límites que presionan la acción y la elección.

"Esta distinción es importante cuando se piensa en el cambio político y social. El historiador que intenta explicar un acontecimiento, una revolución o la inercia de una sociedad realiza una reconstrucción imaginativa de la evidencia de acciones individuales, del sentido de la acción colectiva de los participantes en los movimientos sociales y de las presiones materiales y psíquicas de la acción. Todo esto es la *duración*. Este es el tiempo a través del cual podemos entender el cambio estructural histórico. Este es el tiempo experimentado por el historiador y el analista social de un proceso de cambio".

Es precisamente esta concepción del tiempo entendido como duración, la que va a desarrollar Braudel en sus reflexiones sobre la historia. El historiador francés plan-



teaba la existencia de tres duraciones en la historia. "El tiempo no es unilineal ni mensurable cronológicamente. Existen tres grandes duraciones, cada una de las cuales corresponde a una esfera particular: el tiempo largo o la "historia casi inmóvil"<sup>13</sup>, la historia lenta peculiar a la economía y la sociedad y finalmente el tiempo corto, inherente a las transformaciones que se producen en la vida pública". La equivocación de Braudel fue haber imaginado que cada una de estas duraciones correspondía a un determinado ámbito de la historia, lo que lo llevó a sobrevalorar el peso de las relaciones con el medio natural y de la consciencia y a menospreciar lo político (el acontecimiento), que se inscribía, para él, en la corta duración.

Pero el gran legado que nos deja este historiador francés es haber sugerido que cada una de estas temporalidades -larga, mediana y corta duración- correspondía a niveles diferenciados de análisis: larga duración = estructuras o procesos; mediana duración = coyunturas (situación que resulta de un encuentro de circunstancias y que se considera como el punto de inicio de una evolución o una acción) y corta duración = acontecimientos, se movían en niveles de análisis interaccionados, los cuales, en su conjunto, se convertían en factores explicativos del transcurrir de la historia.

En una ocasión, al respecto escribió "conservo el recuerdo de una noche, cerca de Bahía, en que me encontré envuelto por un fuego de artificios de luciérnagas fosforescentes; sus pálidas luces resplandecían, se apagaban, refulgían de nuevo, sin por ello horadar la noche con verdaderas claridades. Igual ocurre con los acontecimientos: más allá de su resplandor, la oscuridad permanece victoriosa"<sup>14</sup>.

Pero, de acuerdo con Braudel, el cambio estructural histórico abarca la interacción de los tres niveles de tiempo, es decir, es la interrelación dialéctica entre la corta, la mediana y la larga duración. Si la historia del tiempo presente es ante todo un estudio del acontecimiento en la duración, y esta historia debe respetar la interpenetración de estas tres duraciones y de sus correspondientes niveles de análisis, entonces, el punto de arranque no es, como lo imaginaba Braudel y la mayor parte de los historiadores contemporáneos, la larga duración sino el acontecimiento. El acontecimiento nos refracta una coyuntura y un proceso y, al mismo tiempo, puede dar origen a una nueva coyuntura y acelerar, desviar o desacelerar un proceso.

Una perspectiva que ubica el acontecimiento dentro de este tríptico temporal nos permite superar la inmediatez del mismo y rebasar las dificultades que implica abordar lo instantáneo, lo fugaz, lo furtivo. El tiempo corto debe percibirse como un momento de condensación de una coyuntura, en la cual indefectiblemente se encuentra inscrita y entendiendo ésta como un momento de aceleración de una larga duración, es decir, un proceso.

La historia del tiempo presente es una historia que se interpreta y escribe en modo inverso a la cronología. Se inicia en la inmediatez; esta inmediatez se inscribe en una determinada coyuntura (período de tiempo, cuyas fronteras cronológicas varían) y esta su vez dentro de una larga duración, es decir, un proceso. Sólo así se entiende la importancia del cambio histórico, se comprende la significación del acontecimiento y se restablece el vínculo entre pasado y presente. Únicamente a través de un procedimiento tal el historiador puede establecer una distancia lo suficientemente grande con respecto al fenómeno estudiado y entender la lógica que le subyace.

Un procedimiento como el que acabamos de describir, al tiempo que reivindica la importancia del acontecimiento, con toda su carga de azar y necesidad, es también un buen antídoto contra el exceso de racionalización que generalmente porta el análisis más convencional que le asigna a la historia la función de destacar la génesis de los acontecimientos, lo que lleva a una historia que desecha todo aquello que no participa directa o indirectamente a favor de la construcción de ese acontecimiento.

Una historia como la que aquí se propone, entendida como la lectura del acontecimiento inmediato en su duración, tiene que ser, por último, un estudio necesariamente interdisciplinario ya que la historia del tiempo presente no es otra cosa que una perspectiva de análisis del presente en su duración, con sus contingencias y azares, que requiere, para poder establecer los necesarios nexos en la duración, del aporte de las otras ciencias sociales.

El importante laboratorio social de la Europa Centro Oriental es un buen experimento que nos permite corroborar la validez de la historia del tiempo presente. Al poco tiempo de iniciado el desmonte del sistema socialista, los politólogos se interesaron por la emergencia de la nueva institucionalidad, los economistas vieron con gran interés el establecimiento de la economía de mercado y los sociólogos políticos centraron su atención en la emergencia de nuevos actores sociales y políticos. La mayor parte de estos trabajos, inspirados en sus propias disciplinas, sugerían interpretar los sucesos en esta parte de Europa como una ruptura con el antiguo orden. En tal sentido, la nueva institucionalidad, la pluralidad de actores y el surgimiento de la economía de mercado eran una clara demostración de que el pasado, incluso el más inmediato, había quedado definitivamente atrás.

La mayor parte de estos trabajos que mostraban cómo se estaban "normalizando" los países de la Europa Centro Oriental tempranamente quedaron superados por la complejidad del proceso de cambio en esas sociedades. ¿Por qué han sido tan

heterogéneas las experiencias de transición? ¿Por qué algunos Estados alcanzaron una temprana estabilidad mientras otros todavía se debaten en medio de la crisis? ¿Por qué en algunos casos el elemento central de la transición lo constituyó el mercado, en otros el Estado y en los últimos la sociedad?

Como lo sugería recientemente un analista francés<sup>15</sup>, el problema es que la lectura de estas realidades se ha hecho a partir de las rupturas y no de las continuidades y se ha desconocido el papel de la larga duración. En ese mismo sentido, hace algunos años<sup>16</sup>, escribíamos que el proceso de cambio en esta parte del Viejo Continente no se podía realizar en términos de ruptura, ni de transformación, ni de revolución sino que debía interpretarse como una transición porque esta noción hace referencia al hecho de que la construcción de la nueva sociedad no se produce en el vacío, sino que viene moldeada por la experiencia histórica de estos países, por el legado institucional, económico, social, político y cultural. Es ahí precisamente donde aparece una interpretación del presente que involucra a la historia como un especial marco de interpretación y análisis.

## notas

<sup>1</sup> BERNSTEIN, Serge y MIL/A, Pierre, "Conclusión", en A. CHAUVEAU y Ph. TÉT AKT, *Questions à l'histoire des temps présents*, Bruselas, Éditions Complexe, 1992, p. 133.

<sup>2</sup> RÉMOND, René, "Le retour du politique", *ibidem*, p. 58.

<sup>3</sup> LAÏDI, Zaki, *Jt TmpS mundial*, Bruselas, Éditions Complexe, 1997.

<sup>4</sup> LAÏDI, Zaki, *Malaise dans la mondialisation*, París, Textuel, 1998, pp. 18-20.

<sup>5</sup> LEAL, Antonio, *El crepúsculo de la política*, Santiago, Ediciones Lom, 1997.

<sup>6</sup> CHAUNU, Pierre, *El rechazo de la vida. Análisis histórico del presente*, Madrid, Espasa-Calpe, 1978, p. 34.

<sup>7</sup> AZEM A, Jean-Pierre, "La Seconde guerre Mondiale matrice du temps présent", en Institut d'histoire du temps présent, *Heriré l'histoire du temps présent*, París, CNRS, 1992.

<sup>8</sup> NORA, Pierre, "L'événement monstre", en *Communications No. 18*, París, 1972.

<sup>9</sup> NORA, Pierre, "Le retour de l'événement", en Jacques Le Goff y Pierre Nora, bajo la dirección, *Faire l'histoire*, tomo 1, París, Gallimard, 1974, p. 288.

<sup>10</sup> RICOEUR, Paul, "Remarques d'un philosophe", en Institut d'histoire du temps présent, *op. cit.*, p. 41.

<sup>11</sup> LACOUTURE, Jean, "L'histoire immédiate", en Jacques LE GOFF, bajo la dirección, *La nouvelle histoire*, Bruselas, Éditions Complexe, 1988.

<sup>12</sup> Véase la contribución de Robert Cox, en James U. MITTELMAN, *Globalization: critical reflexions*, Boulder, Lynne Rienner, 1996.

<sup>13</sup> BRAUDEL, E, *La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II*, París, Armand Colin, 1966, tomo I, p.16.

<sup>14</sup> BRAUDEL, E, *Écrits sur l'histoire*, París, Flammanon, 1992, p. 22.

<sup>15</sup> MICHEL, R, *L'Europe médiane. Au seuil de l'Europe*, París, l'Harmattan, 1997.

<sup>16</sup> FAZIO, Hugo, "¿Hacia dónde va la Europa Centro Oriental? Análisis comparativo de la transición en la República Checa, Polonia y Hungría", en *Análisis Político*, N. 25, mayo - agosto de 1995.



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios "Miguel Enríquez", CEME:  
<http://www.archivochile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.)

Envía a: [archivochileceme@yahoo.com](mailto:archivochileceme@yahoo.com)

**NOTA:** El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile y secundariamente de América Latina. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores, a quienes agradecemos poder publicar su trabajo. Deseamos que los contenidos y datos de documentos o autores, se presenten de la manera más correcta posible. Por ello, si detectas algún error en la información que facilitamos, no dudes en hacernos llegar tu [sugerencia / errata](#).